

VIII

Cómo pensaba la señorita Fernanda

Era una cabecita muy bien organizada la de la señorita Fernanda de Corbiere.

La hija no se parecía á la madre, y esto era una suerte para la joven.

La señora de Corbiere era seca, angulosa, alta, larga como un día sin pan.

Fernanda era también bastante alta, única cosa en que se parecía á su madre.

Las facciones eran tan dulces y tan acari-ciadoras, como duras y rígidas eran las de la condesa.

Sus ojos eran aterciopelados y su sonrisa conquistaba los corazones.

El alma de aquellas dos mujeres, que tan de cerca se pertenecían, era tan diferente como el cuerpo.

Al día siguiente de la entrevista de que hemos dado cuenta entre la condesa, Fernanda y Launay, se levantó la joven un poco más tarde que de ordinario.

Había dormido mal. La mayor parte de la noche la había pasado atormentada por pasajerías pesadillas, en las cuales unas veces veía á su hermano Rolando expirando en su cuarto de la Ferté Montarón, negándose á acusar á sus asesinos; otras á Juan Montarón embarcado en un transporte del Estado que partía para Nueva Caledonia, mientras que desde el muelle

su hermano Guillermo cambiaba con él el adiós de despedida, en el cual había promesas de venganza y juramentos de odio.

Se había procurado que no supiera nada de los debates de Blois. La condesa evitaba hablar de esto delante de ella. Su duelo la imponía el silencio acerca de acontecimientos tan dolorosos para una madre y una hermana; pero casi todos los días Fernanda se escapaba del hotel de Corbiere para refugiarse algunos momentos en casa de su hermano ó en la de una amiga íntima, la duquesa de Reville, cuyo hotel está en lo alto del arrabal Saint Honoré, esquina de la calle Washington.

En casa de su hermano ó en la de la duquesa encontraba periódicos y podía leerlos á su gusto.

Siguió con pasión el proceso de Blois y este proceso la dejó la impresión de que en todo aquello existía un misterio.

A pesar del profundo cariño que había tenido siempre á su hermano Rolando y del dolor que le había causado lo trágico de su muerte, no encontraba pruebas suficientes contra los acusados. Su imaginación encontraba siempre una excusa, y la condena de Juan la parecía una injusticia suprema.

Aquella historia sangrienta, se confundía de tal modo en su imaginación con una historia de amores secretos, que á sus ojos la duda debía haber servido á los acusados para ser absueltos.

Y todos sufrían; los unos moralmente, y Juan Montaron una pena infamante.

¡Diez años de trabajos forzados!

¡Ahora el desgraciado estaba en camino para cumplir tan dura condena! ¡Teresa, la desgraciada criatura, había huido, sin sostén y sin recursos y quién podría decir á qué extremo se vería reducida!...

Quedaba aún otro; el recuerdo de este otro traía á los labios de Fernanda una sonrisa.

Era el más joven de los Montaron, «Marcelo el juicioso», como le llamaba el cura de La Ferté, un buen señor con quien Fernanda gustaba de hablar cuando iba á misa, por las mañanas, ó cuando él iba á comer al castillo, en donde tenía un cubierto puesto en cuanto se presentaba allí.

Evidentemente había entre los dos jóvenes alguna intriga cuyo recuerdo no era desagradable á Fernanda, porque mientras se ocupaba de su *toilette*, yendo y viniendo por su habitación se había animado, y en su fisonomía no quedaba huella alguna de los malos sueños de la noche.

¡Y cómo era posible tener malos sueños en un nido tan delicioso!

¿Qué artistas han entedido mejor la elegancia de las habitaciones que los obreros de genio que trabajaban para la Pompadour ó María Antonieta?

La habitación de Fernanda permanecía tal como había sido amueblada para los antiguos marqueses de la Ferté-Montaron, sus abuelos.

Y por todas partes un perfume delicioso, un perfume de juventud flotaba en el aire.

Fernanda llamó á su doncella, una parisien-

se ágil y viva, de facciones delicadas, boca picarésca, un poco marchita pero de fisonomía alegre y espiritual, y la dijo:

—Berta, mi sombrero, mis guantes y mi abrigo.

—¿Sale la señorita?

—Sí.

—¿Puedo preguntar á la señorita á donde va?

—A casa del notario.

—¿Tiene negocios la señorita?

—En efecto. ¿Os admira eso?

—Es que como es la señora condesa la que se ocupa aquí de todo. ¿Pido el coche?

—Es inútil. Tomaremos uno de alquiler.

Las dos mujeres hablaban con cierta familiaridad, que se explicaba por la circunstancia de estar Berta desde hacía diez años al servicio de los Corbiere.

Las diez daban en el reloj del gabinete, cuando la doncella, que había salido para arreglarse, volvía á su puesto.

Encontró á su señorita sentada ante un secreter de palo de rosa, leyendo unas cartas amarillentas por el tiempo.

—¿Está dispuesta la señorita?—preguntó.

—Aún no. Id á decir á Jerónimo que busque un coche y esperadme abajo.

—Está bien, señorita.

Jerónimo era el portero encargado de la puerta principal, que estaba en la calle de Santa Dominica.

Su estatura y su aspecto eran imponentes; su uniforme el de un suizo de una buena iglesia.

Peró era lorenés, y corre entre las gantes de aquel pais un dicho desagradable, que le convenía mucho:

*Lorenés villano.
¡Traidor á Dios y á su hermano!*

Es verdad que siempre hay un proverbio dispuesto á contradecir á otro, y la Lorena tiene con qué responder á las bromas de mal género con «Juana la Doncella».

En todas partes hay gentes buenas. Sin embargo, Jerónimo justificaba los dos extremos arriba rimados.

En el momento en que Berta entraba en el cuarto del portero, salía de él Launay.

Durante este tiempo, Fernanda, encorvada sobre un pupitre, leía el paquete de cartas de papel amarillento.

La primera decía lo que sigue:

»A mi desconocida bienhechora.

»He recibido los dos mil francos con la cartita en que manifestais el interés que os inspira mi porvenir.

»Mi primera idea ha sido devolverlos.

»Pero he reflexionado.

»Me he dicho que esta limosna estaba hecha con tanta delicadeza, que no podía provenir más que de una secreta simpatía, que yo heriría negandome á aceptarla, y de un sentimiento de compasión por una familia tan desgraciada como la nuestra.

»Guardo pues esta cantidad á título de

préstamo hasta el día en que una de esas casualidades de la vida me permitan devolverosla.

»Espero que vos me facilitaréis los medios de poder hacerlo dándoos á conocer.

»Me deseais ánimo.

»¡Os doy las gracias, desde el fondo de mi corazón!

»Lo necesito, pero lo tendré por los míos á quienes quiero y que son dignos de ser queridos, á pesar de su pobreza.

»Parto.

»¿A dónde voy?

»En verdad, no podría decíroslo.

»No volveré sino feliz, ó vencido y renunciando á la lucha.

»Gracias, os repito, y creed en mi eterno reconocimiento, menos por el favor que me haceis que por la prueba de amistad tan desinteresada.

»MARCELO MONTARÓN.

»P. D.—¡Cómo tenéis derecho á saber que es de vuestro deudor, todos los años, por esta época, os enviaré al mismo sitio una carta en que os exponga mi situación, buena ó mala!»

»París 20 de agosto de 188.....»

El deudor en efecto, debía cumplir su palabra. Todos los años, con puntualidad, había escrito á su protectora.

Su primera carta estaba fechada en el Perú y decía:

»Adelanto poco.

»Lo que me ha decidido á venir aquí, ha sido el encuentro que he hecho en el barco de un negociante del país que me ha colocado en su casa.

»Es un comisionista que sostiene grandes relaciones con Europa.

»Tiene barcos en el Callao y hace grandes negocios.

»Pero yo presiento que el negocio no me conviene mucho, no me gusta el comercio y acepto la colocación con repugnancia.

»Las horas que tengo libres las paso en casa de un músico anciano, organista de la catedral de Lima, con el cual trabajo mucho y quien me enseña lo que puede. Me atrevo á decir que estoy casi tan adelantado como mi profesor, lo cual no es hacer un gran elogio de mi pobre saber.

»Ya sabreis que el Perú está en guerra con Chile y que aquel lleva la peor parte.

»Los negocios se han paralizado, yo me encontré entre los combatientes cuando el ataque á nuestra capital, y á los pocos momentos de entrar en fuego recibí un balazo en un costado. Dos días después habían tomado la ciudad. Mi jefe, muy patriota y muy contento por la ayuda que yo había prestado á su país en la medida de mis fuerzas, hizo que me cuidaran lo mejor que pudo.

»La herida no fué grave: aproveché este descanso forzoso para volver á ocuparme de mi piano, hacia el cual he tenido siempre una gran afición. Puesto que os interesais en todo

lo que me concierne, no ignorais que en Tours me aconsejaban que me dedicase con preferencia á la música, para la cual me decían que tengo disposición, pero es un arte que exige largos estudios, y los míos han sido incompletos y desordenados. He trabajado, sin embargo, día y noche lo que he podido. Mi profesor ha caído enfermo y yo le reemplazo, pero esto será por poco tiempo.

»He aquí mi posición actual.

»Guerrero desgraciado, herido en convalecencia y organista interino de la catedral de Lima, sin sueldo.

»Cuando esta llegue á vuestro poder, habré abandonado el Perú para irme á los Estados Unidos, en donde el azar que nos lleva á su antojo, me ha procurado una colocación conforme con mis gustos.

»Un gran industrial que me oyó en la catedral de Lima, me ha hecho proposiciones y me coloca en su casa.

»Voy á dejar la América del Sur por la del Norte; pero ¿estaré mejor allí?

»Por el pronto estoy encantado, porque ya no soy un simple empleado del escritorio; soy un artista—dispensad la ambición de la palabra—encargado de hacer valer los instrumentos que mi nuevo patrón fabrica en grandes cantidades y que han hecho célebre su nombre en el mundo entero.

»Sigo, con gran desesperación mía, sin poder devolveros vuestro dinero; ni aun puedo enviar nada á mi pobre madre y hermanoa, cosa que me desconsuela.

»Tal vez en los Estados Unidos tenga más suerte y pueda ser útil á los que tanto quiero.
»Vuestro agradecido

»MARCELO MONTARÓN.»

Los años siguientes, sus cartas daban noticias más consoladoras.

Había tenido la suerte de recibir lecciones de un músico de grandísimo talento, interesado en los negocios de la casa.

Su empleo le agradaba. Como él había dicho, no se ocupaba simplemente del negocio, sino también del arte.

En aquella casa se fabricaban órganos, harmoniums y pianos, y él era el que probaba ante los parroquianos los instrumentos que compraban.

Le querían mucho. Trabajaba en sus estudios día y noche, y tenía mucho tiempo libre; pero en cambio le pagaban poco, y con el sueldo apenas tenía para vivir, porque todo estaba horriblemente caro.

—¡Pobre chico!—murmuró Fernanda.

Metió las cartas en un gran sobre gris que tenía la siguiente inscripción:

A LA SEÑORITA TRES ESTRELLAS

LISTA DE CORREOS

Calle de Juan Jacobo Rousseau.—París.

FRANCIA

Después puso el sobre en un cajoncito del escritorio, cerró éste y se echó la llave en el bolsillo.

Por fin se levantó y concluyó de arreglarse.

En resumen, aquello era una pequeña aventura, en la que no intervenía el amor.

Además, había sobrevenido en la edad en que el corazón de las jóvenes apenas está despierto.

En aquella época, la condesa, viuda desde hacía muchos años, no se encontraba en ninguna parte tan bien como en el castillo de la Ferté-Montarón.

Aunque poseía en los alrededores de Rambouillet, un dominio que reunía todos los atractivos que los parisienses buscan, mucha caza, una extensión considerable, y todo el lujo de las casas modernas, prefería sus posesiones de Sologne.

Sus frecuentes estancias en la Ferté-Montarón debían dar un resultado que la condesa no había previsto.

Fernanda acompañaba á su madre durante las vacaciones que la concedían mientras estuvo en el Sagrado Corazón y cuando salió de este colegio, durante todo el verano.

La inteligencia de la joven estaba muy desarrollada y comprendía á media palabra.

No tardó en oír hablar de los Montarón, de quienes Barasón producía quejas con frecuencia por las incursiones de aquellos merodeadores en la posesión de la condesa, y algunas veces se les demandaba por el delito de caza y habían sufrido algunas condenas, siendo presos por algunos días en Romorantín.

Barassón era un ser soberanamente antipático para Fernanda, así como Launay.

Entre el numeroso personal del castillo no faltaban algunos criados ó guardas que criticaban á la sordina aquellos rigores excesivos con desgraciados que, no por ser pobres, dejaban de ser parientes de los castellanos de la Ferté.

Fernanda, aunque muy joven, prestaba oído atento á aquellas murmuraciones.

La llamaron la atención aquellas discusiones y los comentarios que las acompañaban.

Procuró informarse, y no tardó en conocer hasta en sus menores detalles una historia que nadie ignoraba en el país, y que para su joven cabeza presentaba todo el interés de una leyenda.

¿Cómo no había de tratar ella desde entonces de profundizar lo que aquella leyenda tenía de oscuro y misterioso, y cómo no hacer un estudio particular de ella?

El castillo, en sí mismo, se prestaba maravillosamente á este estudio.

Sus galerías, sus retratos, sus muebles, no hablaban más que del pasado esplendor de los de la Ferté-Montarón.

Los archivos de la familia no hablaban de otra cosa.

La biblioteca estaba llena de libros que en su mayor parte tenían las armas de aquella casa célebre.

Se comprende bien el trabajo que debió operarse en aquel cerebro de viva imaginación y en aquel corazón dotado de todas las delicadezas.

Pero este trabajo se operaba en silencio.

Es más propio decir en secreto.

Fernanda, educada con mucha libertad, montando á caballo como un jokey, marchaba al través de los bosques, sola ó acompañada por amigos, y casi siempre se dirigía en sus paseos hacia la parte del bosque inmediata al sitio odiado por su inflexible madre, hacia la Boca del Lobo.

¡Siempre el atractivo del fruto prohibido!

Vió aquellas casas arruinadas, aquellos aldeanos que conservaban aún en su actitud una especie de altivez feroz y como un recuerdo del rango de que habían decaído.

Y además, hay en las campiñas un sitio de reunión en donde se encuentran los habitantes de una misma parroquia.

Este es la iglesia.

La de la Ferté Montarón era bastante grande y bien arreglada. Había entonces en ella un órgano muy bueno y dos armonios, regalo todo del difunto conde de Corbiere.

Durante las vacaciones del más joven de los Montarón, entonces estudiante en un colegio de Tours, había música los días festivos en la iglesia, porque Marcelo tocaba el órgano y el armonio.

Cerca de la iglesia estaba la casa parroquial.

Fernanda, muy generosa y caritativa, iba á ella con frecuencia á llevar sus limosnas.

Varias veces había visto allí á un joven, vestido con sencillez y cuyo aspecto la llamó desde luego la atención.

Era un buen muchacho, de estatura regu-

lar, moreno, de ojos azules muy dulces, de cara triste, y cuyos ademanes indicaban la extrema timidez que la escasez imprime en el rostro de sus víctimas.

Fernanda se informó.

El cura la dijo:

—Es Marcelo Montarón, nuestro organista de temporada. ¡Al pobre muchacho le costará trabajo salir de apuros!

Entró en algunos detalles.

El joven había concluido brillantemente sus estudios en Tours, pero no sabía qué camino tomar. El quería ganar dinero para ayudar á su familia, que se había empeñado por él.

Pero en adelante no podía contar más que con él mismo.

Marcelo tenía veintiun años y ya había cumplido su tiempo de voluntariado en el ejército, iba á procurar encontrar en qué ocuparse en París, pero no se forjaba ilusiones.

El comercio le repugnaba.

El cura concluyó diciendo:

—¡Mucho vá á sufrir el pobrecillo!

Fernanda escuchaba y hablaba poco.

Varias veces volvió á ver á Marcelo y siempre que la encontraba en la iglesia ó en otro sitio, el joven la saludaba con aquella timidez que sentaba tan bien á aquella rica naturaleza, como la modestia á una joven hermosa.

La última vez que la vió fué pocos días antes de su partida.

Tenía de la mano á una niña de la misma edad, poco más ó menos, de Fernanda, y estas les contempla, á él joven y fuerte, á ella una

niña de doce ó trece años, los dos pobremente vestidos, y sin embargo con cierta elegancia natural, guapos los dos y apoyándose el uno en el otro, con esa confianza y ese abandono que prueban la ternura sin límites del hermano hacia la hermana.

Fernanda se sentía conmovida y á punto de llorar al decirse que ella hubiese querido un hermano como Marcelo y un corazón para dar expansión á sus más secretos pensamientos.

Marcelo marchó á París.

Fernanda encontraba siempre medio de saber qué era de él y estar al corriente de su situación por algunas preguntas que hacía al cura, indiferente en apariencia.

La situación de Marcelo era mala.

Nada le salía bien.

Primero fué secretario de un personaje conocido por su desmesurada avaricia, luego fué empleado en una casa de Banca que quebró, después cajero de un hotel, y no permanecía en ninguna parte, no por culpa suya, sino por circunstancias desastrosas.

Entonces resolvió abandonar Francia.

El cura deploraba la mala suerte de su protegido.

—Es una alhaja, sin embargo, señorita Fernanda—decía—¡pero no tiene suerte! ¡Es un corazón de oro!

—¿Le quereis mucho?

—Con toda mi alma.

—¿Le escribís alguna que otra vez?

—Con frecuencia: hoy mismo.

El sacerdote mostró á Fernanda una carta

que iba á entregar al correo cuando pasara.

Por los ojos de la joven pasó un relámpago de malicia.

—¿Queréis que la una á las de mi casa?— preguntó.—Así no tendréis el trabajo de estar esperando en el camino.

¿Por qué rehusar?

Y he aquí cómo Fernanda había podido leer en el sobre de la carta que le fué confiada, sin manifestar la menor curiosidad indiscreta:

«Sr. D. Marcelo Montarón.

Calle del Monte-Thabor, 20.

PARIS.»

Ella tenía su idea.

Quería ayudar á aquel pobre joven que iba á abandonar su país; pero una joven de trece á catorce años nunca es rica.

Reunió todas sus economías, y juntó con gran trabajo un billete de mil francos.

Por fortuna, sus dos hermanos estaban en Sologne.

Les habló aparte y se mostró con ellos tan mimosa, tan gentil, tan lisonjera, que sacó á cada uno de ellos un billete de quinientos francos, que ellos sacrificaron, pero no sin defenderse.

Pero lo dieron.

Esto era lo principal.

Les repitió con tanta insistencia: «¡Es para una buena obra!», que concluyeron por ceder.

Y dos días después, aprovechando la ida á Blois con la condesa y sus huéspedes, que eran siempre numerosos en el castillo, encontró medio de separarse un momento de ellos y entrar en el correo sin ser vista.

Allí entregó una carta para certificarla.

Esta carta contenía los dos mil francos y decía lo siguiente:

«Una antigua amiga, que quiere permanecer desconocida, os envía esta pequeña cantidad.

»No os neguéis á aceptarla: daríais un verdadero disgusto á vuestra amiga.

»Ella os desea mucha suerte en vuestras empresas.

»¡Animo!

»¿No tenéis en vuestro favor la energía, la salud, la juventud y el porvenir?

»Mis votos os acompañan.»

Y como ella había sorprendido un día una carta para Berta, su doncella, dirigida á la lista de Correos, añadió esta potsdata:

«Si queréis demostrar un poco de agradecimiento por este tan insignificante servicio, escribidme dos líneas á la lista de correos, calle de Juan Jacobo Rousseau, diciéndome que lo habéis aceptado, como se os hace, de todo corazón.

»Dirigid la carta á la señorita Tres Estrellas.»

Ya sabemos lo que ocurrió.

Habían pasado cerca de cinco años.

Fernanda de Corbiere era ahora una señorita más formal, en edad de casarse, en el fondo muy reflexiva y á quien los acontecimientos que acababan de pasar habían dado una experiencia precoz.

El drama de la Boca del Lobo la había conmovido violentamente.

Completamente vestida por fin, con su capota de crepé sobre sus magníficos cabellos cenicientos, se decidió á salir, no sin dar antes una ojeada á su habitación y asegurarse de que no dejaba tras sí ningún indicio que revelase las buenas intenciones que ella ocultaba, como otras ocultan sus culpables intrigas.

El coche esperaba delante de la puerta del hotel; pero el cochero, en el momento en que la joven apareció, no parecía aburrirse.

El portero estaba hablando con él en tono muy amistoso.

—¡Bueno—dijo el cochero,—contad con ello! ¡Hasta la vista!

En el fondo el buen hombre no veía malicia en evacuar la comisión de que le encargaban.

El portero le había dicho:

—¡Vais á llevar á dos señoritas, á las cuales es preciso vigilar. ¡Es bueno saber adónde van! Diez francos si me decís adónde las habéis conducido!

Esto era sencillo y nada deshonoroso.

Los diez francos no debían ser difíciles de ganar.

—Avenida de la Opera, 12—le dijo la doncella al montar en el coche.

Y cuando ya estuve dentro de él, preguntó á su ama:

—¿Es el notario quien vive allí?

—Sí—contestó Fernanda.

—Berta no insistió.

El coche no tardó en llegar á la Avenida de la Opera.

Fernanda se apeó y dijo á su doncella:

—Esperadme.

Berta quedó en el coche muy contrariada.

¡Era curiosa!

El cochero se inclinó y la preguntó:

—¿Estaremos aquí mucho tiempo?

—No lo sé.

—¿Vuestra señorita va á casa del notario?—dijo, mostrando el escudo que brillaba encima de la puerta.

—¿Quién os lo ha dicho?

—¡Es una suposición!... ¡Si fuera eso, podría dar pienso á mi caballo! ¡En casa de los notarios se tiene siempre para rato!

—Dádselo,—contestó la doncella.

El cochero sonrió para sí. Sabía lo necesario.

Se bajó del pescante, quitó el freno al caballo, le puso el morral con el pienso y él comenzó á pasear por la acera.

Fernanda subió al despacho situado en el primer piso, en el fondo del patio.

En una sala grande, una docena de escribientes, sentados en sus escritorios, despachaban expedientes.

La llegada de una señorita elegante y her-

mosa, á donde hay muchachos jóvenes, excita siempre una curiosidad que hace levantar las cabezas y enciende las miradas.

La joven se acercó á uno de los escribientes y preguntó:

—¿El Sr. Dubreuil?

—Está en su despacho.

—¿Visible?

—Es probable.

Y bajando la voz preguntó:

—¿A quién debo anunciar?

—A la señorita de Corbière.

El escribiente hizo un pequeño movimiento de sorpresa, se inclinó y abandonó el asiento.

Corbière era un nombre en olor de santidad en aquella casa.

—¡Si quisieráis seguirme!—dijo.

Se dirigió al despacho del notario, entró y volvió á salir en seguida, diciendo:

—Hacedme el favor de entrar, señorita.

El Sr. Dubreuil, tercero de su nombre, no era joven. Había pasado ya de los sesenta años.

Buen señor, bien conservado, grave, nada imponente y muy indulgente y excéptico, estaba dotado de una de esas miradas penetrantes que entran como una barrena en el fondo de las conciencias.

Al ver á la joven, se levantó y se dirigió hacia ella, diciendo:

—¿Vos aquí, querida niña?... ¿Qué os trae?

—Un favor que vengo á pedir.

—¿Dinero?

—No, un consejo.

—Decid.

—Quisiera...

Vaciló un segundo.

—¿Pero esto es completamente reservado, sabéis?

—No temáis nada. Los notarios son como confesores.

—¡Yo no quisiera que mi madre supiera jamás!...

El señor Dubreuil se sonrió.

Los hermosos ojos de la joven eran tan limpidos, que no le hubiera ocurrido á nadie la idea de dudar de la inocencia de sus proyectos.

Fernanda repuso con viveza:

—Se trata de una buena obra.

—Estaba seguro de ello.

—Primero promettedme el secreto.

—Os lo prometo.

—¿De veras?

—¡A fé de notario!

—Pues bien. Quisiera conocer un agente dispuesto, inteligente, digno de confianza...

—¿Con qué fin?

—Con el de llevar á cabo ciertas pesquisas.

—¿Acerca de qué?

—Acerca del paradero de pobres gentes que han desaparecido...

—¡Eh! ¡eh! ¡Eso es oscuro!...

—¡No tanto!... Ya vereis, pero más adelante. Procuradme ese agente. Yo le daré datos, todos los que necesite... El me dirá cuanto debo darle, y si no es muy caro, le pagaré sus honorarios... En una palabra, yo me entenderé con él...

—¡Bueno!

—El notario reflexionó un instante.

—¿Es en el extranjero ó en Francia, donde es preciso buscar á esos protegidos?—preguntó:

—En el extranjero y en Francia.

—¿Son muchos?

—Tres. Yo quisiera saber cuando se encuentran necesitados, para hacer llegar algún dinero á su poder, sin que sepan de dónde les llega el socorro.

—Comprendo.

—Desde hace un año me dá mi madre una cierta cantidad para mis pobres y para mí...

—Doce mil francos, lo sé...

—Pues bien, quisiera poder ayudar á pobres gentes por quienes me intereso, con ese dinero que no necesito para mí...

—¿No queréis decirme su nombre?

—Prefiero callarlo... Sin embargo ya sabeis la confianza que tengo en vos...

—¡Con tal de que no sepa nada!—dijo el notario sonriendo.

Apoyó el dedo en un timbre.

Se abrió la puerta de un gabinete vecino y un hombre de unos treinta años de edad, bien vestido, de buen aspecto, de cara agradable, inteligente, apareció en seguida.

Era el primer escribiente.

—Boissier—dijo el señor Dubreuil,—váis á escuchar á la señorita de Corbière, á tomar notas y á hacer lo que ella os ordene; pero sin hablarme á mí de ello. Yo quedo ajeno al secreto. Para los anticipos necesarios tomaréis

dinero en la caja y lo cargaréis en la cuenta de nuestro cliente... ¿Quedáis enterado?

El notario se levantó.

—¿Es eso lo que deseáis?—preguntó á Fernanda?

—Sí.

—¿Estáis satisfecha, no es eso?

La joven le dió las gracias con una mirada.

—¡Sois el mejor de los hombres!—dijo.—¡Ya lo sabía yo!

El anciano cogió á Fernanda una de las manos.

—Tengo confianza—la dijo,—porque hace mucho tiempo que sé que tenéis un excelente corazón y una razón superior á vuestra edad. Haced lo que queráis. Boissier es un hombre honrado y reservado. Os respondo de él como de mí mismo.

Fernanda entró en el gabinete del primer escribiente.

Un cuarto de hora después salió de él y sus ojos tenían cierta animación; se conocía que estaba contenta.

Montó en el coche.

A las doce en punto entraba en el hotel de Corbière, y el cochero decía al portero:

—Avenida de la Ópera, 12, en casa del notario.